

11.05.2008 | Clarin.com | Viajes

DIARIO DE VIAJE: ESPAÑA

Albarracín y Teruel, tierra de leyendas

Dos enclaves medievales, en el sur de Zaragoza, conservan la memoria de un mundo cautivante.

IMPRIMIR

Alejandro Stilman

Los amantes de Teruel fueron aquellos tontos que murieron de amor según el mural que los recuerda en lo alto de una escalinata. Los Caballeros de la Orden de Santiago fueron los militares que custodiaron en el siglo XII a los peregrinos que iban a Compostela para venerar al apóstol. Ambos, amantes y caballeros, dejaron su huella. Los primeros, en Teruel, los segundos, en Albarracín, los dos al sur de Zaragoza, en España, muy cerca de los Pirineos.

Separados por unos 40 kilómetros de camino de montaña, Teruel -la ciudad- y Albarracín -el municipio- son destinos perfectos para visitarlos en una escapada desde Zaragoza, la capital de la Comunidad de Aragón. Al avanzar por esos mágicos enredos de callecitas -unos laberintos escalonados- que siguen siendo las de siempre el viajero imagina cómo debieron verse cuando personajes como los citados vivían y se esmeraban en las preocupaciones de sus días. Esos antiguos caseríos conservan el aspecto, la traza y las ventanas en sus ubicaciones originales. Los techos habrán renovados sus tejas porque no hay techo que sobreviva a los temporales y los vientos que engordan como monedas la alcancía de los siglos. Sin embargo, nada de eso ha trastocado la fisonomía medieval y, se podría aventurar, tampoco el clima de secreto en el que se desarrollan hoy las existencias en esos recodos de España.

Albarracín y el silencio

Las murallas del siglo XIV están en lo más alto del peñón. El río Guadalaviar, abajo. Y en el intermedio de esa ola de roca detenida, el viejo casco, con sus desniveles, sus techos encadenados desparejamente, lo que le da a la postal algo más que pintoresquismo. Porque este conglomerado subyuga, pero ese encantamiento queda en un segundo plano si se asimila la visión de esta postal a la vida cotidiana, a las rutinas de quienes vienen y van por ahí, ajenos a lo que pasa en la cara opuesta de la moneda, que puede ser cualquier gran centro urbano del mundo. El silencio es el gran soberano de Albarracín y se agradece el grito que cada tanto suelta algún chico para confirmar la regla. ¿Pero a dónde está la casa de los míticos Caballeros de la Orden de Santiago? La respuesta la da una esquina afilada como la proa de un barco que divide las aguas o mejor dicho, las calles, en Subida a las Torres número 11. Y ahí es, en el pleno centro histórico, a metros de la Plaza Mayor y frente a la Iglesia de Santiago.

Como en todas esas casas, lo que aparece por fuera tiene poco que ver con lo que hay dentro. El medioevo está en las calles. Detrás de las puertas, aunque los ambientes se conservan como eran, impera el confort siglo XXI. La que fue la sede de los Caballeros ahora es otra cosa: allí funciona un hotel en el que el viajero puede acceder al servicio de Internet wi-fi o disfrutar de la programación de televisión por cable. Ojo: no es uno de esos cinco estrellas, de cadena, industriales y presuntuosos. Todo lo contrario. Esto es lo que fue: una casa, sede de

una orden militar. Pero sobre todo eso, una casa.

Caballeros y príncipes

No llegamos hasta allí para hacer una investigación histórica, sino por una urgencia menos académica: simplemente tenemos hambre. En este lugar, en 2004 -casi anónimos durante su viaje de bodas- cenaron Felipe de Borbón y Letizia Ortiz, los príncipes de Asturias. "Mal no se debe comer", descuenta alguien. "Ustedes prueben", dice Jesús Giménez con esa cara de niño que disimula al camionero que fue cuando bajaba troncos de la sierra, antes de casarse y abrir el hotel con su esposa. Los platos van dictando el menú que registra el anotador: aceitunas negras del Bajo Aragón; queso de oveja de Albarracín y Jamón de Teruel con denominación de origen. La entrada se acompaña con una Estrella Damma, una cerveza catalana. Sigue un Ternasco -cordero mamón aragonés-, bien condimentado. Después, un soufflé de bacalao y, luego, cardo en salsa de almendras -un sabroso alcaucil local.

Y es verdad, en el La Casa de Santiago se come "a lo príncipe", aun cuando se trata de periodistas como nosotros.

Damos una última recorrida por el laberinto. Los balcones voladizos amplían hacia lo alto las superficies de las casas como erráticas pirámides invertidas. Un lugar se destaca junto al Portal de Molina: es la "Casa de la Julianeta", que parece sostenerse a puro equilibrio. Las paredes de las viviendas y sus guías de madera se adhieren y ensamblan con las de la roca en una muestra del temperamento de estos montañeses amables pero tozudos. Aquí es así: dura la topografía y el clima, limpio el cielo, intenso y fuerte el sabor de lo que se huele y se come.

Otro molino, el mismo viento

Teruel queda a unos cuarenta kilómetros de Albarracín y a 180 de Zaragoza. Es una ciudad de ocho siglos de historia levantada sobre lo que fue una fortificación militar árabe. En invierno, el frío llega a los 17 grados bajo cero y sus habitantes se reparten en las misas que dan sus cuatro iglesias. "En España hay tantas iglesias como bares", dicen, por lo que nos aclaran que alguna vez, en Teruel hubo doce.

Cuando se viene por la carretera el viajero descubre en el horizonte una formación curiosa, algo como un bosque a lo que se da en llamar, precisamente, "bosques eólicos": una multitud de molinos blancos, de diseño despojado, que hace pensar en un cuadro que bien pudo haber pintado Magritte. A esos molinos, sigue pensando uno, les corresponderían un Terminator desalmado y a pila en vez del fatigado Quijote que arremetía contra los de madera, cuando Dulcinea desvelaba su corazón. Y es atinado hablar de amor en esas latitudes. Romeo y Julieta no es de aquí, tampoco Tristán e Isolda ni Otelo y Desdémona. No, de aquí son Isabel de Segura y Juan Martínez de Marcilla, más conocidos como los amantes de Teruel -ese "par de tontos"- por los que la ciudad arma una fiesta todos los 14 de febrero.

Los escultores y los músicos

La leyenda dice que Juan marchó a la guerra y al regresar encontró a su pretendida casada; que al pedirle un beso ella se lo negó y él murió de decepción. En su entierro, al día siguiente, ella quiso reparar su desdén con un beso tardío y cayó muerta sobre el féretro. Esta es la base de una historia a la que se le rinde culto en el Mausoleo de los Amantes. Un minucioso recorrido reconstruye estos acontecimientos que algunos certifican y otros ponen en duda. Lo cierto es que hay dos momias del 1.200 (según certifican pruebas de carbono 14 hechas en Estados Unidos) y dos sepulcros que las albergan.

Lo que no hay es artista que no se haya inspirado dedicándoles un guión, una partitura o una escultura, desde Mikis Theodorakis hasta el admirable Juan de Avalos, autor del conjunto escultórico que se exhibe -sobre las momias- y en las que los malogrados amantes aparecen representados, juntos pero sin tocarse, como para que quede claro que así fueron las cosas. Pero esta ciudad monumental, además de una célebre historia de amor, guarda otras reliquias.

La lista puede abordarse por el lado de los títulos de prestigio o por el de los detalles menores y curiosos. Por ejemplo, ese antiguo reloj solar - un llamativo cronómetro de piedra y metal- que condecora el frente de la catedral Santa María y hace que el viajero se acerque. Basta ingresar y enfocar su impresionante techumbre -un prodigio del arte mudéjar - para entender ineditamente por qué se la llama "la Capilla Sixtina" de este estilo, el mudéjar, una de las tantas y magníficas herencias de la cultura musulmana en tierra española.

Teruel se puede recorrer como si se fuera por un tablero de ajedrez que jaquea con la belleza de sus torres: San Pedro, San Martín, Salvador arman el conjunto al que la Unesco designó Patrimonio de la Humanidad. Teruel es contraste y es armonía. Sobre el límite sur del casco antiguo, cuatro torreones de factura medieval marcan la diferencia con la influencia musulmana.

Eso que llaman museo

Hasta los especialistas aceptan que la palabra "museo" suele "espantar viajeros". Desafiando el riesgo, vaya una alabanza para el Museo Provincial de Teruel. Allí se presentan ciertas maravillas de la Edad de Hierro y de los tiempos romanos; una farmacia del siglo XVIII (sí, una farmacia) o un incensario árabe del siglo XI. Se trata, sin duda, de un patrimonio ecléctico y sorprendente, cerca de los Pirineos y lejos de las urbes modernas; de esas ciudades nuestras, actuales, cuyos íconos tal vez un día también terminen exhibidos en algún museo del futuro. ¿Se imaginan un semáforo oxidado dentro de una vitrina? Un semáforo oxidado en rojo, como el corazón de los amantes de Teruel. Que siempre es rojo el amor, dicen por allí, el de verdad o el de las leyendas.

<http://www.clarin.com/suplementos/viajes/2008/05/11/v-01669197.htm>

IMPRIMIR

Copyright 1996-2008 Clarín.com - All rights reserved